

DIMENSION SOCIOCULTURAL DEL PROBLEMA DE LA MODERNIZACION

Por

ROBERTO J. BRIE

Si uno de los jalones en el desarrollo del pensamiento humano fue el descubrimiento, a fines de la Edad Media, de lo empírico como nueva dimensión de la realidad, que sirvió de base al nacimiento de la ciencia moderna y que ha traído como consecuencia hasta nuestros días una creciente diversificación de las disciplinas científicas, no es menos cierto que aquel proceso de pluralización y distinción de las distintas disciplinas científicas a partir de la unidad del conocimiento que señalara Aristóteles y que ha llegado a esa casi indefinida diversificación de especialidades en el siglo XX, comienza hoy a torcer el rumbo de su marcha y pretende volver, paradójicamente, a la vieja unidad del conocimiento que señalara el filósofo griego.

Los límites de cada ciencia, de cada disciplina científica, se van esfumando. ¿Qué científico podría hoy separar estrictamente, no sólo temáticamente, sino también metodológicamente los límites y fronteras de su propia especialidad? Es un hecho que la reflexión científica comienza a abandonar las viejas y estrechas barreras en las que se encapsulaban 'distintas' disciplinas científicas, para volcarse decididamente a los *problemas interdisciplinarios*. Podríamos decir que hoy día, más que ciencias, se dan problemas interdisciplinarios. Pero si bien es cierto que la especialización, llevada a veces a los extremos, parece ser una característica relevante de la ciencia moderna, los auténticos maestros del pensamiento saben muy bien que el *distinguir* sólo tiene una finalidad que es la de volver a *unir*; y que el saber especializado sólo tiene valor en la integración de todas las dimensiones

que trae consigo o que implica el objeto de la ciencia. De ahí la importancia simple y llana, francamente ineludible, si se quiere hacer ciencia, de estudiar los problemas del hombre y del mundo, con sensibilidad de integración, es decir, con sentido o exigencias interdisciplinarias.

Bajo esta consigna, esta 'alma mater' del pensamiento que es la Universidad, ha querido encarar este su primer Curso de Verano con un sentido interdisciplinario, dado que hoy la ciencia tiene conciencia de que un trabajo integral debe ser realizado en equipo; y para ello se ha elegido un tema —y esta es la segunda finalidad del Curso de Verano— sobre el que no solamente todas las ciencias tienen sin duda algo que decir, sino sobre el cual se centran hoy en día las preocupaciones de los hombres de estado, de los hombres de ciencia, de las instituciones; en definitiva, de todos los hombres que de alguna manera han sentido la necesidad de dar una respuesta a uno de los más decisivos problemas de la época moderna: la posibilidad de las mismas condiciones de dignidad humana para todos los hombres, condicionado por la solución al problema de la modernización y desarrollo, en su dimensión socio-cultural. La Universidad es consciente de su misión en el medio, y sabe que ineludiblemente debe construir y debe contribuir a la construcción de la comunidad nacional, por ser también corresponsable de la gestación de una sociedad cada día más justa y cada día más humana. De lo contrario, de no interesarse la Universidad en esta dimensión, parece ineludiblemente como institución social. Es también bajo esta consigna, o sea bajo la consigna de la responsabilidad que tiene para con el medio y para con el país, que modestamente, pero a nivel científico e interdisciplinario, pretende ensayar un primer acercamiento a un problema como el presente, de enorme trascendencia en el mundo de hoy; tema que ha pasado a ser objeto predilecto cuando no imperante, impuesto por las circunstancias de la política interior de los países y en gran medida también de la política internacional. Así intenta nuestra Universidad dar su aporte al medio y al país, a través de una reflexión a la que contribuyen las distintas disciplinas universitarias, cada una de ellas desde su punto de vista, pero cada una de ellas también en diálogo con las demás.

Los fines pragmáticos y la razón científica

Esto no significa que la ciencia deba volcarse a fines meramente pragmáticos: la ciencia no puede ni podrá nunca desvirtuar el viejo cuño del conocimiento, aquello que el viejo Aristóteles decía, que "el conocimiento tiene una finalidad en sí mismo, que no puede ser desvirtuado por ningún fin pragmático. El conocimiento es ante todo 'contemplación' pura. Pero indudablemente la ciencia, como todo conocimiento humano, está al menos indirectamente orientada a la realización; no puede evitar la categoría de lo 'útil'. De ahí que la Universidad, lugar natural para la búsqueda de nuevos conocimientos, no sólo por ser una institución que surge del medio y para el medio, sino también por la función directa o indirectamente práctica que tiene todo conocimiento, deba contribuir al esclarecimiento de este problema.

Quisiéramos esclarecer el sentido de este Curso interdisciplinario, ensayando un primer acercamiento o aclaración del concepto de modernización. Para ello, dado que hablamos de modernización, hemos de tener en cuenta el sentido, aún el vulgar, que damos al concepto de 'Edad Moderna'. Cuando hablamos de Edad Moderna o Contemporánea, pensamos también en Edad Media o Antigua, concebidas aquellas como una continuación de éstas. Si analizamos al pensamiento antiguo —me refiero sobre todo al pensamiento greco-romano— podríamos definirlo como el esfuerzo de la razón aplicado al problema del ser en general; así como el pensamiento medieval podríamos describirlo como el esfuerzo de la razón humana aplicado al esclarecimiento del problema de Dios y de su Revelación a los hombres. Así como el pensamiento griego representaría la razón filosófica, el pensamiento medieval, representado ante todo por la Teología como 'mater scientiarum', representaría la 'razón teológica'.

Cuando hablamos de la Edad Moderna como contradistinta de la Edad Media y manteniéndonos siempre a este nivel de *razón* como reflexión o toma de conciencia de un objeto, vemos que la especulación humana, sin despreocuparse por los objetos antes analizados, se vuelca a un nuevo objeto presentado como relevante por las circuns-

tancias históricas —que no son de aclarar en este lugar—: se vuelca a la consideración del hombre y de su contorno, el cosmos. De manera que la razón especulativa que fue para la antigüedad una *razón filosófica* y que fue para el medioevo una *razón teológica*, se convierte en la Edad Moderna en una *razón científica*.

No hay pues contraposición, sino que hay continuidad. Diríamos que necesariamente tenía que llegarse a eso, si admitimos continuidad en el pensamiento humano y le atribuimos determinada capacidad de admirarse siempre frente a nuevos objetos. De manera que la Edad Moderna estaría caracterizada por la razón científica, por la razón especulativa de la ciencia, por esa progresión y expansión de la razón en la interpretación del hombre, del mundo y del cosmos. Así surge la ciencia moderna.

¿Qué es, en último término, la ciencia? Es simple conocimiento; es conocimiento depurado, es un conocimiento afinado, un conocimiento decantado; pero, en definitiva, simple conocimiento. Curiosamente, esa ciencia encuentra en el Occidente su máximo exponente: su origen histórico está en el Occidente: en la antigüedad con la reflexión filosófica, en medioevo con la reflexión teológica, en la época moderna con la reflexión científica positiva. De ahí que si modernización significa ciencia y racionalización, se identifique simplemente modernización con 'occidentalización'.

La modernización, que surge en el Occidente como fruto de esa razón científica y su aplicación tecnológica, de hecho se identifica con el Occidente. En la base del cambio de la sociedad moderna, tal como se ha operado en Occidente y de allí se ha extendido sucesivamente a todos los pueblos del mundo moderno, hallamos esa *razón o racionalización*, como *toma de conciencia*; en el "nous" griego, en la "ratio" medieval", en la "razón pura" o la "conciencia" del Idealismo de los siglos XVIII y XIX, o en la "planificación" del siglo XX. Este es el presupuesto sociocultural que, antes que nada, ha posibilitado el hecho del cambio en el mundo moderno y la sociedad moderna. El viejo filósofo bávaro, Guillermo Dilthey había ya señalado la 'racionalización' como característica fundamental de la sociedad moderna

Pero es Max Weber quien, al reconocerla como la impronta fundamental del mundo moderno, la toma como objeto de sus reflexiones sociológicas, filosóficas, económicas y políticas¹.

Modernización y Racionalización

En el centro de la Sociología de la Cultura de Max Weber está la racionalización, como la característica fundamental de las formas de vida occidental, como el sello que deja su impronta en la vida moderna en todos sus aspectos: en la vida económica, en la política, en lo administrativo, en lo tecnológico. Según los problemas que se plantea Weber, atribuye al concepto de racionalización diversos contenidos, todos ellos análogos entre sí: ante todo significa el dominio teórico de la realidad, o sea la razón científico-especulativa aplicada a la realidad, sobre todo tomando en cuenta el progreso de la ciencia moderna y su aplicación a la técnica, con las consecuencias subsiguientes que él sintetiza en el concepto de 'desencantamiento del mundo'. En segundo sentido le atribuye el de consecución metódica de un fin, utilizando el mínimo de esfuerzos para obtener un máximo rendimiento. Por último entiende por racionalización el rechazo de concepciones tradicionales, como podrían ser determinadas costumbres o formas de vida de una época, o rechazo de cánones válidos, como por ejemplo podría ser el que se opera en el Renacimiento, cuando se rechazan cánones artísticos admitidos y se imponen nuevos.

Pero sin entrar en detalles sobre las conclusiones a las que llega Max Weber en la elaboración sistemática de este concepto², hagamos notar un detalle importante, que es, diríamos, el lugar geométrico en el que él sitúa la sociedad occidental, desde el punto de vista de la modernidad y racionalización. El la sitúa en el punto de intersección de dos líneas de fuerzas: una de ellas es la de la técnica —y por téc-

¹ MAX WEBER trata este problema principalmente en sus "*Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*", sobre todo en "*Der Sinn der Wertfreiheit*" y "*Die Objektivität sozialwissenschaftlicher Erkenntnis*".

² cfr. R. J. BRIE y S. BENGOCHEA, "*La racionalidad en la sociología de Max Weber*", Revista Universidad, n° 70/1967, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe / Argentina.

nica entiende la conjunción de la ciencia experimental y su aplicación a la industria— característica del siglo XIX; y la otra coordenada, la ética individualista del protestantismo, o sea, las formas prácticas de la vida económica diaria y el espíritu del capitalismo. Weber explica la sociedad moderna como el punto de intersección de estos dos fenómenos dados. Evidentemente el segundo —cuyo desarrollo expone Weber en su obra “La ética protestante y el espíritu del capitalismo” y en “Economía y Sociedad”— ha sido objeto de numerosas y sabrosas discusiones; es una categorización superada la del origen calvinista del capitalismo moderno; pero de cualquier manera hay un concepto básico que sigue teniendo validez, que es la ética de carácter individualista, o sea, el comportamiento humano como comportamiento que tiene una sola pauta, que es el individuo, prescindiendo o aún negando su dimensión social. En el punto de intersección de estas dos líneas de fuerza surge una sociedad, la industrial, como sociedad problematizada y conflictuada. Creo que es superabundante, extenderse sobre este punto: el siglo XIX es el siglo de las revoluciones; los efectos de la revolución social que comienza el siglo pasado, son patentes hoy en día en todas partes del mundo.

Cuando se inauguran las sesiones de las Naciones Unidas en San Francisco, Truman se refiere en su discurso, por primera vez, a la política de desarrollo y hace notar expresamente la urgencia de que todas las naciones se vuelquen en su política exterior y en su política interior, a encarar el problema de la modernización de los pueblos y su desarrollo, porque de lo contrario esos pueblos podrán ser desbordados por el progreso revolucionario, que nadie puede ignorar. Hay una situación de retraso en un sector de la humanidad; a ese problema de una sociedad problematizada, hay que darle solución.

Sociología del Desarrollo

Los hombres de estado buscan una respuesta; los hombres de ciencia quieren aportar soluciones. ¿Cómo encara el problema una Sociología del Desarrollo? Siguiendo el planteo de Max Weber, y sin apar-

tarnos de su terminología, debiéramos modificar sólo la amplitud de sus coordenadas. Una sociología del desarrollo debe seguir considerando esas dos coordenadas y su punto de intersección, pero ya no como coordenadas, o sea, como 'líneas' de fuerza, sino como 'sectores' que se encuentran. Si tomamos la primera línea de fuerza de Weber y la ensanchamos visualmente, considerando dentro de ella, no sólo a la ciencia experimental y la tecnología, sino también a todas las otras ciencias —el derecho, la economía, la política, la pedagogía y ciencias de la educación, los medios de expresión, etc.—; y ensanchando la segunda línea de fuerza, aplicándola con un sentido de comportamiento social, o sea, mostrando la dimensión social de toda ética individual; si consideramos, como queda dicho, esas dos líneas, como sectores que se cruzan, en los que tenemos en cuenta nuevos elementos de la sociedad moderna, vemos que el punto de encuentro conflictual que describiera Weber, presenta una nueva perspectiva en orden a darle una recta solución.

El enfoque adecuado de la problemática del desarrollo no es nada fácil, y no es fácil, en primer lugar, por lo desgastado del término. Los términos, a fuerza de manejarlos, pierden su sentido. El concepto de desarrollo, a pesar de ser un concepto nuevo en la comunicación humana, se encuentra desgastado por el simple manoseo diario y por los diversos sentidos o contenidos que se le atribuyen; se lo ha politizado, se lo ha tecnificado, se le ha dado el sentido arbitrario que ha querido dársele.

Hablar de 'desarrollo' es, en definitiva, hablar de algo muy viejo; tan viejo como la humanidad misma. Si señalamos un progreso en la historia, más aún, si hablamos de historia humana, es porque ha habido progreso y por lo tanto desarrollo; es porque ha habido un desarrollo creciente de los instrumentos. Si originariamente utiliza el hombre un cuchillo de piedra, hoy día hemos llegado a los cuchillos eléctricos; si el hombre utiliza originariamente una piedra para sentarse, hoy en día fabrica sillas funcionales. El instrumento progresa. El progreso o desarrollo de la humanidad es un hecho viejo. El siglo pasado, el siglo de las luces y del iluminismo, tiene un leit motiv que es el progreso. Tomemos el caso argentino: sabemos que a partir del año 80, cuando comienza el proceso de modernización, como lo ha lla-

mado Luis Ferdinando de Prusia³ en un libro muy importante sobre los procesos migratorios argentinos a principio de siglo, el concepto de 'progreso' es como el slogan que todo lo moviliza: no sólo la inversión de capitales, no sólo el traslado de una enorme masa migratoria que penetra incesantemente en Argentina durante cuarenta años, sino también la renovación de la legislación, la institucionalización de las relaciones, la creación de las instituciones, en una palabra, todo aquello que se ha dado en llamar la consolidación nacional y la construcción del país, a partir del año 80. En Europa, el concepto de progreso es un dogma. Hipólito Taine, fascinado por el progreso, vaticina la superación definitiva de la muerte en un lapso de 40 años.

Progreso y Desarrollo

Si comparamos el concepto de progreso del siglo XIX con el concepto de desarrollo de nuestro medio siglo XX, vemos que, a pesar de la coincidencia de sus significados, su afinidad es sólo analógica. Hay diferencias que conviene señalar.

Ante todo el concepto de progreso del siglo pasado está deducido de la ciencia, tal como la visualizó el racionalismo o el cientificismo, y que difiere del concepto actual de ciencia. La ciencia era concebida como el conocimiento de leyes absolutas e inamovibles y determinadas. Así como en la naturaleza, la sociedad humana y su progreso, corre de una manera perfectamente determinada y delimitada de antemano, por leyes fijas e inmutables, como lo son también las leyes de la naturaleza. Pero así como el concepto moderno de ciencia se ha funcionalizado y ha puesto entre interrogantes la absolutéz de las leyes naturales, también el moderno concepto de desarrollo de la sociedad no admite que la sociedad humana se desarrolle conforme a un ritmo preestablecido conforme a leyes ineluctables. Por el contrario, desarrollo es progreso acelerado; y un progreso acelerado por la libre *voluntad*

³ LOUIS FERDINAND PRIZ VON PREUSSEN, "Theorie der Einwanderung - Attraktionsfaktoren der Einwanderung, dargestellt am Beispiel Argentinien's" Dissertation, Freiburg, i. B., 1926.

humana; es un progreso acelerado opcional; depende de la razón humana que quiere llegar a un fin propuesto, acelerando la evolución natural de las cosas.

Por eso —y es una segunda característica— el concepto de desarrollo se diversifica de la idea de progreso, porque el desarrollo es concebido como un desarrollo planificado. El progreso del siglo XIX, precisamente por estar basado en la concepción de las leyes inmutables de la naturaleza, corría por líneas perfectamente delimitadas y la sociedad se desenvolvía ‘naturalmente’, conforme a un fin predeterminado por la misma naturaleza de las cosas, en el que el hombre no podía intervenir para modificar. Hoy concebimos el desarrollo como un efecto de la ‘planificación’ del hombre; no dejamos que la sociedad ‘se desarrolle’ sola, sino que la forzamos, conforme a un plan racional, a desarrollarse. Ante fines racionales, previamente propuestos, arbitramos medios racionales, y decidimos la puesta en marcha de esa planificación. O sea, es una planificación que responde a la libre voluntad humana de querer algo. Cuando hablamos vg. de ‘áreas de desarrollo’ nos referimos a áreas que queremos hacer evolucionar, desarrollando aceleradamente determinados aspectos de sus estructuras económicas, sociales, educacionales, institucionales o técnicas, sin esperar la lenta evolución natural ‘de las cosas’.

Una tercera característica que contradistingue el desarrollo moderno del progreso del siglo pasado es, que el fin o modelo que se propone la modernización es un fin o modelo concreto, un modelo tangible. Una experiencia frecuente en zonas infradesarrolladas: preguntadas determinadas personas, para quienes el concepto de desarrollo o modernización ha pasado a ser casi un mito, qué conciben ellos por desarrollo, responden: llegar a ser como el americano, o como el europeo. O sea, el desarrollo aparece visualizado en un modelo concreto. Ser moderno, participar de la modernización significa tener heladera, casa, auto —para unos— o poder viajar, estudiar, etc. —para otros—. No es una finalidad abstracta la propuesta, como la proponía el positivismo del siglo pasado, cuando hablaba de una sociedad o una humanidad ideal, sin conflictos ni enfermedades.

Hay una cuarta característica que contradistingue el desarrollo del progreso fin de siglo: el progreso de hoy lo concebimos como algo funcional, como algo analógico, como algo fundamentalmente hábil, algo histórico, algo sumamente diversificado, pluralizado, problematizado. No hablamos como hablan los hombres del siglo pasado, de un progreso lineal, unívoco, de carácter dogmático y necesario, simple como las leyes de la naturaleza, unilateral, desproblematizado —por abstracto—. Tal vez las experiencias de las últimas décadas de nuestra sociedad conflictiva nos ha persuadido de que la modernización y el progreso del hombre es algo sumamente complejo, en el que intervienen, no ya una ley absoluta de la sociedad o de la humanidad que determina su evolución, sino una constelación de factores los más diversos, que a su vez dependen de innumerables variables. No podemos menos de reconocer que, en el fondo de la mentalidad de muchos de nuestros 'técnicos' del desarrollo, del planeamiento o de la modernización, se halla enraizada aún esa concepción científicista del siglo pasado, que atribuye, por ejemplo, a la economía las características pontificales que deben determinar definitivamente y en forma total el proceso de modernización. No es ni el derecho ni la economía, ni la sociología ni la pedagogía, sino todas juntas las que deben determinar cómo, cuándo y de qué manera se debe acelerar ese proceso del desarrollo humano. La conciencia de la historicidad del hombre está hoy día demasiado afinada, sobre la base de vivencias, como para atrevernos a afirmaciones demasiado taxativas.

Una última distinción. El progreso del siglo pasado, como surgido de la ciencia —como conocimiento de universales, de leyes fijas y universalmente valederas— estaba orientado a concebir el sujeto del progreso también en un orden universal y abstracto: quien progresaba era 'la' sociedad o 'la' humanidad ideal. Hoy en día, cuando hablamos del desarrollo o progreso del hombre moderno, nos referimos al hombre concreto, de carne y hueso, de esta época, de tal o cual zona. Si la modernización es toma de conciencia, no debemos olvidar que la toma de conciencia es siempre un hecho individual; que si la 'razón' es un elemento fundamental de la modernidad, el 'intellectus' de los averroístas no existe. Cuando hablamos de progreso o desarrollo, nos re-

ferimos ante todo al progreso de la *conciencia humana*, que ha caído en la cuenta de los valores fundamentales del hombre, como persona humana, sobre cualquier teoretización de la sociedad o la humanidad. Cuando se fijan los principios fundamentales de la carta de las Naciones Unidas y de los Derechos del hombre, aceptados por primera vez en la historia humana como pautas universales, estos principios se refieren al hombre concreto, a cada hombre; no se nos habla de los derechos de la humanidad o de la sociedad, sino de individualidades históricas; y si se habla de los derechos de autodeterminación de los 'pueblos', se nos habla de pueblos concretos, de individualidades históricas. De ahí que cuando se plantean los problemas modernos del desarrollo, uno de los errores que se cometen es el de concebir los núcleos humanos como totalidades abstractas, en lugar de poner como presupuesto que, modernización y desarrollo es ante todo modernización y desarrollo del individuo. No se da la libertad en general, sino que se da la libertad de cada individuo en particular; no se da una responsabilidad abstracta, sino la responsabilidad de esta persona, de esa o de aquella. Mientras no se logre la formación de esa conciencia individual, esa toma de conciencia del individuo, nos mantendremos en abstracciones muy interesantes, pero no habremos logrado la tan ansiada modernización, ese tan ansiado desarrollo, único que puede posibilitar la realización concreta de la dignidad de cada hombre.

Fundamentos socioculturales del desarrollo

Señalar el problema del desarrollo en todas sus dimensiones —en su aspecto económico o tecnológico, jurídico-institucional o financiero, en lo político-administrativo o en lo pedagógico— es señalar en último término el problema de la toma de conciencia que está en la base de la racionalización y de la modernidad. La toma de conciencia es algo eminentemente personal; es una de las cosas más importantes de la vida humana; es 'darse cuenta'; es, en definitiva 'ciencia', es decir, tomar conocimiento consciente y efectivo de algo.

Pero si hablamos de proceso de modernización, y admitimos que en ese proceso de modernización la cultura occidental —cuya caracte-

rística fundamental es la racionalización— ha jugado un papel decisivo a través de ese factor relevante que es la ciencia, la reflexión, tenemos que admitir que los fundamentos culturales de todo proceso de modernización deben ser tenidos en cuenta con orden de prioridad, para lograr un recto enfoque del problema. En otras palabras, es importante calibrar bien el sentido socio-cultural y ético-cultural de las categorías que manejamos, al promover un determinado proceso de desarrollo. Aclaremos esto con un ejemplo: es indudable que la creación de nuevas fuentes de trabajo en una zona subdesarrollada es un factor valioso para el desarrollo. Pero, ¿qué efectividad pueden representar esas nuevas fuentes de trabajo, si al mismo tiempo no existe una recta concepción de lo que es 'trabajo' o la 'ética y responsabilidad en el trabajo' por parte de quienes han de utilizar dichas fuentes de trabajo? La efectividad de nuevas fuentes de trabajo está basada en una determinada concepción acerca del trabajo, de la responsabilidad, de una mentalidad en la forma de concebir el trabajo en su función social; nuevas fuentes de trabajo significa también formar, posibilitar la conducción de ese trabajo a través de una conducta técnica, escolar, científica o pedagógica.

Los pueblos de cultura occidental tienen mayores posibilidades para encarar este problema, dado que la modernidad es un fenómeno originariamente occidental. Nos permitiremos hacer referencia a una experiencia personal. Durante un trabajo de evaluación de proyectos de desarrollo en Kenya y Tanganyika, tuvimos ocasión de valorar la importancia que tienen ciertas categorías de orden estrictamente cultural en el problema del desarrollo. Nosotros, latinoamericanos, tal vez no lo sentimos más, porque nuestras raíces culturales fincan en el occidente cristiano, de las que con mayor o menor conciencia vivimos. Pero si nos trasladamos a una cultura no-occidental, en un ámbito subdesarrollado, nos encontramos con una serie de inconvenientes y vallas, en la tarea de promoción del desarrollo, que son difíciles de superar. Si pronunciamos la palabra: trabajo, o familia, o persona, o dinero, o energía, o voluntad, etc., todos estos conceptos significan algo para nosotros y cuyo contenido, aquí en Latinoamérica será, con pequeñas divergencias, el mismo de los países altamente desarrollados

del nuevo y viejo mundo. No sucede lo mismo cuando se trata de evaluar el contenido de estos conceptos en un país subdesarrollado de cultura no-occidental. El contenido de los conceptos de 'poder', o 'estado', o 'persona', o 'trabajo' pueden ser muy distintos en una cultura no-occidental subdesarrollada.

Cuando se trata de traer nuevas formas de modernidad —surgidas en el occidente— a un país de cultura occidental subdesarrollado, dichas formas no presentarán mayores dificultades en su aplicación, pues el contenido de sentido de las categorías que se manejan, será fundamentalmente el mismo. Pero cuando se trata de la aplicación de dichas formas en zonas subdesarrolladas de cultura no-occidental, o de culturas que no han asimilado aún la necesaria 'universalidad', donde el contenido del sistema categorial que se ha de usar es diferente, es poco o nada lo que se logra. Un caso concreto. La Unesco y Unicef envía al Africa negra libros o manuales de enfermería, escritos y publicados con criterio europeo, a zonas donde se ha de enseñar con dichos manuales a las enfermeras el cuidado de los niños, nociones de higiene social, etc. en un ambiente en el que de ninguna manera se dan las condiciones mínimas, no ya de aplicar las normas recomendadas, sino siquiera de comprender el sentido de las categorías que allí se manejan. El desajuste de orden cultural es tremendo. Es algo así como si un arquitecto planeara una utópica ciudad supermoderna; excelente como training arquitectónico, pero nada más. A nuestro parecer, el gran interrogante que nos presenta el problema del desarrollo y sus exigencias de aceleración, es el de la urgente y necesaria asimilación de los presupuestos socio culturales y ético culturales de las categorías básicas que maneja, y esto, en todos los órdenes: en el técnico y científico, en el económico, político, social o pedagógico, etc.

De ahí la importancia que puede tener, en la tarea de esclarecimiento de este problema, la intervención de las distintas disciplinas universitarias, dándonos por una parte el sentido último del sistema categorial que manejan y que puede contribuir a esta gran tarea del desarrollo y por otro, al mostrar la interdependencia de los problemas, contribuir al cambio actitudinal de los que de una u otra manera son actores del desarrollo.

Desarrollo y cambio actitudinal

El problema del desarrollo es ante todo un problema sociocultural por ser en el fondo un problema de cambio de actitudes. Sólo se posibilita el desarrollo si se da previamente una actitud para el cambio. Uno de los grandes aportes que podría hacer la Universidad argentina es, precisamente, intentar elaborar y transmitir los necesarios cambios actitudinales y ante todo, a nivel profesional. No pretendemos con esto anteponer un fin pragmático al conocimiento por el conocimiento mismo; creemos que una cosa lleva a la otra y se complementan mutuamente; así como el hombre conoce para poder obrar, la ciencia reflexiona para poder luego reacondicionar, con un nuevo sentido, la sociedad moderna. Creemos que el aporte que pueden hacer nuestros universitarios y los otros conferenciantes que vienen de otros puntos del país a contribuir a este diálogo que hoy iniciamos, puede no ser despreciable.

Para terminar leeré un párrafo que trae en su primera página la obra del Dr. Sonis, uno de los conferenciantes del curso, en una obra que publicó la Editorial Universitaria de Buenos Aires, con el título: "Salud, medicina y desarrollo económico-social". El Dr. Sonis cita una anécdota de Bernard Shaw. Originariamente crítico musical, Bernard Shaw era, como todo hombre de rasgos geniales, sumamente desaprensivo y escribía sobre todo: sobre filosofía, asuntos políticos y militares, sobre ciencia, arte y literatura, es decir de omni re scibili; un día el director del diario donde publicaba sus críticas lo llama al orden y le pregunta cómo es posible que siendo un especialista en crítica musical, escriba de tantas cosas tan dispares entre sí. La respuesta de Shaw fue terminante: escribía sobre tantas cosas disímiles porque sólo así podía interpretarse la música, porque todos esos campos se entrecruzaban con ella, porque así la entendía él, porque ésta era su concepción de la música. Por otra parte esa era la concepción de Platón. Y añade el Dr. Sonis: hasta aquí la anécdota de Shaw y a partir de ella nuestra conclusión, que es sumamente simple: así entendemos nosotros la salud pública. Nosotros quisiéramos añadir que tam-

bien de acá nuestra conclusión: cada especialista, cada disciplina científica, cada profesor, cada investigador o estudiante, debería concebir también su propia especialidad, a través de ese concierto interdisciplinar que plantea al científico moderno los problemas de la sociedad de hoy.

ROBERTO BRIE. Doctor en Filosofía por Freiburg (Alemania). Miembro del Instituto Bergstraesser de Investigaciones Socioculturales. Profesor contratado de Introducción Filosófica a las Ciencias Sociales de nuestra Universidad y actualmente Decano de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias del Hombre de esta Casa de estudios.

